

el Consejero de Estado Don José Linares. Esta Regencia había de convocar al congreso que constituiría definitivamente á la Nación, luego que se pudiera reunir libre y legítimamente para funcionar como cuerpo constituyente. En el acto de instalarse el congreso cesaría la Regencia, y hasta entonces quedaba nombrado general en jefe del Ejército Imperial el general Don Leonardo Márquez. El Lic. Don Manuel García Aguirre estaba designado para hacer saber á los Regentes y á la Nación, esa última voluntad de Maximiliano. (1)

La falta de provisiones crecía en el interior de la plaza diariamente; mataban los caballos para alimentarse y aun los gatos y los perros; valía dos pesos la libra de pan aunque se hiciera con almidón; habíanse acabado el arroz y los frijoles. Se presentaban grandes porciones de mujeres y niños desfallecidos por el hambre, todas las mañanas en las garitas, solicitando con gritos lastimeros que se les dejara salir de la ciudad; otras multitudes pedían tumultuosamente maíz, rompían las puertas de los lugares donde se decía que existían los cereales, y nada encontraban.

Márquez seguía firme; hacía disolver toda reunión pública á bayonetazos ó con repetidas cargas de caballería; la población se exasperaba por momentos; los caballos pertenecientes á particulares, eran extraídos de las caballerizas y no se escapaba de la leva ninguno de los individuos útiles; viéronse los ricos encerrados y puestos á fuerte rescate, aun los que habían pagado las cuotas del millón destinado á las necesidades públicas. Márquez sostiene siempre que Maximiliano victorioso está próximo á llegar, y manda que esto se anuncie oficialmente en los periódicos. Por determinadas garitas, aunque con dificultad, introducen víveres los indígenas que se han puesto de acuerdo con los que las defienden; venden á precios convenidos los efectos introducidos y se les escolta hasta la plaza del mercado. Por la garita de Belem y por la de la Viga, los encargados de ellas dejan salir grandes porciones de mujeres y niños.

La proclama expedida por Márquez, y las demostraciones de júbilo por el aviso de la proximidad á que se hallaba Maximiliano, no fueron bastantes para acallar la verdad, ya muy generalizada, acerca de la derrota y captura del Emperador; las noticias se habían extendido entre las tropas, al grado de afirmarse el día 17 de Junio en la noche, que los coroneles austriacos ya tenían conocimiento oficial de aquel suceso.

En efecto, el 18 en la noche, un teniente coronel austriaco se presenta al comandante Chenet, de la contra-guerrilla francesa, y le hace saber que el Emperador estaba prisionero desde el 15 de Mayo, le asegura que los regimientos austriacos habían declarado al general Tabera, que eran neutrales y que estaban

(1) El 11 de Mayo, cuatro días antes de su prisión, reformó Maximiliano esos nombramientos, poniendo al señor Lares en lugar del general Vidaurri, y sustituyendo con el señor Murphy al suplente Lares; ya no trataba entonces del caso de abdicación, sino del de muerte; pero este documento encontrado por los republicanos entre los papeles de Maximiliano, no estaba firmado.

en conferencias con el general Porfirio Díaz acerca de las condiciones de una capitulación. El jefe francés, alarmado con tal declaración, contestó: que lo que se le refería era imposible, pues equivalía á faltar á la palabra empeñada el 12 de Mayo, cuando se reunieron todos los jefes de la fuerza y juraron que no capitularían los unos sin acuerdo de los otros. A pesar de esta manifestación, envió Chenet á las diez de la noche á los capitanes Debry y Blanchon, para que conferenciaran con el coronel Kevenhüller; pero se les dijo que estaba ausente; volvieron á las ocho de la mañana del día siguiente, y recibieron por respuesta que el coronel dormía, pero que podían volver á las diez. A esta hora consiguieron hablarle, les informó de que ninguna negociación había concluido con Porfirio Díaz, y dió su palabra de honor de no hacer cosa alguna sin avisar al comandante Chenet. Cuando le preguntaron si en realidad las noticias de Querétaro eran tan malas, contestó:

—No tan malas como se quiere hacerlas creer.

Al hablar así brotaron lágrimas de sus ojos, y añadió:

—Esto es lo que puedo decir... Márquez lo sabe todo.

Los oficiales franceses se despidieron.

El día 7 de Junio recibía el coronel Kevenhüller una comunicación del Barón de Lago, encargado de negocios de Austria, ya de regreso en Tacubaya la tarde del día anterior. Desde ese momento se sabía oficialmente la cautividad de Maximiliano, prisionero en Querétaro el 15 de Mayo con su ejército y sus generales. El Barón había conferenciado personalmente varias veces con Maximiliano en el Convento de las Capuchinas, y creía que sin duda el general Márquez había interceptado una carta autógrafa de Su Majestad, enviada al jefe de las fuerzas austriacas, ordenándole, así como á los otros oficiales de la misma nacionalidad, evitar la efusión de sangre. El Barón, en su calidad de encargado de negocios de Austria, hacía responsable á Kevenhüller, así como á los otros oficiales austriacos, de la sangre de sus compatriotas vertida desde entonces por una causa ya perdida, y todo esto se haría valer ante el Emperador de Austria.

Apenas regresado este diplomático á Tacubaya, había dirigido una comunicación á los oficiales del Estado Mayor austriaco, para noticiarles la toma de Querétaro y la cautividad de Maximiliano; á la vez les hizo conocer una carta autógrafa de éste, en la que los invitaba á no continuar la efusión inútil de sangre. Citó al coronel Kevenhüller para una entrevista en la trinchera, con objeto de desvanecer en él toda duda sobre la autenticidad de la noticia relativa al fin del Emperador. Al mismo tiempo se puso en relaciones con el general Porfirio Díaz, para obtener las condiciones más favorables para los austriacos.

La verdad no podía permanecer ya encubierta; el día 19 recibió otra carta el coronel Kevenhüller, escrita por el Barón de Lago, representante del gobierno de Austria, el cual había salido de Querétaro el 2 de Junio y llegado á Tacubaya el 6. El contenido de la carta era el siguiente:

“He visto á S. M. varias veces en su prisión, en el convento de las Capuchi-

nas. El general Márquez sin duda ha retenido una carta autógrafa que escribió y envió S. M. á Usted, por conducto del Barón Magnus. En esa carta ordenaba S. M. á Usted y á todos los demás oficiales de nacionalidad austriaca, abstenerse de más derramamiento de sangre. Tengo que informar á Usted de esto, por mi caracter como encargado de negocios de Austria, haciendo á Usted y demás oficiales de nacionalidad austriaca, responsables por la sangre que de cada austriaco se derrame; y esto á nombre de Su Majestad Imperial y Real Apostólica.

Recibid, conde, las seguridades de mi distinguido aprecio.—Barón Lago.

Tacubaya, Junio 16 de 1867.—Al Coronel Conde Ch. de Kevenhüller. (1)

La incertidumbre respecto á la suerte de Maximiliano y su ejército, terminó al regresar á Tacubaya el Barón de Lago; se supo que este diplomático estaba haciendo gestiones cerca del general Díaz, para salvar á los austriacos que formaban parte de los defensores de la capital, y acabaron de disiparse las dudas, con las cartas que el citado Barón envió al coronel Kevenhüller.

Entonces el Consejo de Ministros interpeló al Lugarteniente del Imperio, extrañando mucho que el general Ramírez Arellano hubiera dado una noticia falsa, publicada y solemnizada oficialmente; Márquez fingió sorprenderse de lo que pasaba, aseguró que investigaría la verdad y aun prometió mandar fusilar al autor de la noticia si era falsa; pero lejos de observar esta conducta, le dió un duplicado del despacho de general que Maximiliano le había concedido y otro de nombramiento de gran oficial del "Águila Mexicana."

Llegó el momento en que aquel estado de desorden tocara á su término; todos los esfuerzos que hacían para conseguir recursos, tanto el ministerio en conjunto como el encargado especial del ramo, fueron estériles, teniendo que confesar la imposibilidad de hallarlos; habían concluido también los víveres y forrajes, al grado de haber recurrido al comercio alguna vez el proveedor, con una talega de pesos en solicitud del rancho para la tropa, ofreciendo pagar al contado y á cualquier precio, sin obtener lo que buscaba, y regresó á la proveeduría con el dinero, habiéndole mostrado en todas las tiendas, los almacenes y las bodegas vacías.

Entonces se vió al pueblo de la capital sitiada arrojar en masa, como fiera hambrienta, buscando alimento; despedazaron las puertas de las tiendas para sacarlo; el comercio acabó y la mayor parte de los habitantes de la ciudad la abandonaron ó se ocultaban por temor á la leva. En esas circunstancias también fué

del Imperio. Al mismo tiempo se puso en relaciones con el general Porfirio Díaz para obtener las condiciones más favorables para los austriacos.

(1) Refiere en una carta el Barón de Lago, que Maximiliano le designó, lo mismo que á otros individuos del cuerpo diplomático, á Márquez como el mayor traidor, pues desde que dejó á Querétaro había obrado siempre de una manera contraria á las instrucciones que tenía, y que no había sido autorizado para marchar sobre Puebla, sino que debía conducir á Querétaro la guarnición de México y las sumas depositadas en esta ciudad, con cuyos elementos se habría podido presentar á los republicanos una batalla decisiva.

á menos la pólvora y se agotaban las municiones que era difícil reponer, pues se carecía de suficientes recursos para fabricarla; las salidas de las fuerzas sitiadas serían de resultados insignificantes, porque habían disminuido las tropas y una tercera parte de ellas ya no tenía armas. No se podía librar batalla á causa de que, dejando desguarnecidas las líneas, penetrarían los sitiadores hasta el centro de la plaza antes de que hubiese comenzado el combate; pero no era posible tampoco en aquella situación esperar un asalto indefinidamente, cuando se veía que el sitiador había resuelto no darlo, y contaba apoderarse por hambre de la plaza sin gran derramamiento de sangre, encontrándose ya desanimados los defensores al saber que había sucumbido Querétaro.

También se produjo entre los coroneles austriacos el pánico; se reunieron, y después de concertarse escribieron al general Márquez, manifestándole que, conforme á las órdenes del Emperador, estaban resueltos á rendirse. A la vez se dirigieron al Barón de Lago, comisionándole para que tratara con el general Porfirio Díaz las condiciones que le enviaban respecto á una capitulación inmediata. Contestó el Barón el día 19, diciendo que las condiciones habían sido aceptadas. Márquez nada respondió á la comunicación que le dirigieron los jefes austriacos; pero era notoria la imposibilidad de contener la desorganización que se operaba entre las fuerzas defensoras de la plaza.

Durante el sitio de México había ido aumentando esa desorganización, al grado de que el Consejo de Guerra juzgó al capitán Dives, de la contra-guerrilla, al teniente Bourbon y á los subtenientes Certain y Caret por el delito de traición, habiendo querido entregar al enemigo el fuerte de la garita del Niño Perdido, de cuya guarnición formaban parte. El teniente coronel Chenet envió en los últimos días del sitio, desde la garita de Belem, á un sargento de su contra-guerrilla, para que dijese al jefe republicano situado en la Piedad, que si quería entrar á México por aquel punto, podía contar con que su tropa no haría fuego. En vista de todo lo que ocurría, el Conde de Kevenhüller opinó en los últimos días del sitio, por una rendición pronta é incondicional. (1)

Hasta la víspera ó el mismo día de la muerte del Emperador, comunicó Márquez al Señor Lacunza la captura de aquel, aunque había hecho saber á la población cuatro días antes, que el Emperador estaba solamente á tres jornadas de la capital. Lacunza abre el pliego cerrado que tenía en su poder, y se encuentra contenida allí la abdicación, va á comunicar á Márquez esta circunstancia, y entonces el Lugarteniente declara que sus poderes terminaban necesariamente, á

(1) En una carta que apareció publicada en periódico francés, firmada por el general Porfirio Díaz, se dijo que el imperialista ministro de la guerra, general Portilla, le había ofrecido, antes de llegar los republicanos frente á México, que le entregarían la plaza en cambio de las garantías personales que le pedían, haciendo la misma oferta Don Tomás O'Horan, quien solicitaba, además de la orden respectiva, un pasaporte para el extranjero, en cambio de la persona de Márquez que entregaría.

la vez que el reinado del que le había nombrado, y dimitió entregando el mando al gobernador de la plaza, general Tabera.

El 19 de Junio llevó el telégrafo al campamento del ejército republicano en Tacubaya, la noticia de que á las siete de la mañana habían sido fusilados en el Cerro de las Campanas Maximiliano, Miramón y Mejía, y de Tacubaya fué trasmitida al general Márquez.

El mismo día dirigió el Lugarteniente oficios al general Tabera y á los ministros y consejeros de Estado, diciéndoles: "que supuesto que se ha probado que el Emperador está prisionero, el infrascrito cesa de ser Lugarteniente del Imperio." En seguida se ocultó tan bien, que nadie pudo saber donde se hallaba; las tropas defensoras de México se rindieron á discreción. (1)

La tarde del 20 de Junio se había extendido ya por toda la ciudad de México la noticia de la muerte de Maximiliano; pero los imperialistas no querían darle crédito, atendiendo á que hasta el día 18 no se tenía aún la certeza de que el Emperador hubiese caído prisionero, debido á que todos los correos procedentes de Querétaro, que lograron salvar el campo de los sitiadores, eran reducidos al silencio por orden del general Márquez que se interesó en sostener las esperanzas de los sitiados, tanto tiempo cuanto le fuera posible. Este proceder fué comentado de diversos modos, y entre las opiniones se notó la del doctor Reinisch, quien atribuyó tal conducta al deseo de enriquecerse por medio de violentas vejaciones de toda naturaleza; pero á despecho de la vigilancia de ese general, recibió el día 18 el Conde de Kevenhüller un documento auténtico que no le permitía dudar de la realidad, respecto á lo acaecido en Querétaro.

Las fuerzas austriacas que aún defendían la plaza arreglaron la capitulación por intermedio del Barón de Lago.

Se le propuso al general Porfirio Díaz que les permitiera ir hasta Veracruz con armas y bagajes; el general declaró completamente inaceptable la proposición, fundándose en que las tropas extranjeras habían apoyado durante dos meses la violenta y atroz dominación del general Márquez. Por fin, el jefe del ejército de Oriente convino con el Barón de Lago los puntos de capitulación de las tropas austriacas, haciendo las concesiones que creyó compatibles con la responsabilidad que podía asumir ante su gobierno; pero se rehusó á darlas por escrito, declarando únicamente ante testigos, que se obligaba bajo palabra de honor á cumplirlas, y en tal concepto fueron comunicadas á los jefes austriacos.

La principal condición consistía, en que desde aquel momento los austriacos se abstendrían de toda participación en las hostilidades contra las fuerzas repu-

(1) Según el doctor Reinisch, quien estuvo encargado de la dirección del Museo imperial en México, Márquez huyó por el lago de Texcoco, dejando á México entregado á su suerte. Logró salir con vida de aquella tormenta en que tantos perecieron y llegaba el 26 de Enero de 1868 á Nueva Orleans, habiendo logrado dejar el territorio mexicano, según entonces se publicó, disfrazado de arriero y se embarcó en un buque americano.



*General Miguel Piña,*

Comandante de la artillería durante el sitio que sostuvieron en la ciudad de México los imperialistas en Junio de 1867. Firmó la capitulación de esta ciudad, que fué ocupada por el ejército de Oriente después de un asedio de cerca de setenta días.